

Una mañana en bici.

Era una bonita mañana soleada, así que mi padre y yo nos fuimos a dar un paseo con nuestras bicis, nos preparamos la mochila con algo de comer y beber y salimos de casa. Después de recorrer las calles que nos sacarían del pueblo en dirección al río Alhama, nos dirigimos al camino de la Vega, mi padre me contaba que hace muchos muchos años lo recorrieron soldados, que hacía un pequeño asentamiento y que Gustavo Adolfo Bécquer durante su estancia en el balneario lo inmortalizó en una de sus leyendas, que más nos gustan a los literatos, como es la de "la cueva de la mora" por la que pasábamos en ese momento.

-Papá, papá, ¿podemos subir a verla?

-Claro que sí, cariño, dejamos las bicis para que no molesten, y subimos.

Cuando llegamos arriba, me encantó ver la cueva o lo que quedaba de ella, mi padre me contó la leyenda como más o menos se la debieron contar los lugarezos en uno de los paseos que daba Bécquer por el pueblo.

Después de comer algo nos fuimos a ver la nevera y Monte Castillo del que no queda más que los restos de un sótano. Continuamos el camino con nuestras bicis hasta llegar a Roscas, ese original monte de piedra de origen volcánico, y que después de "escalar" esa maravilla nos sentamos al sol a descansar y observar nuestro pueblo, yo le pregunté por la iglesia y mi padre me

dijo que es el primer monasterio cisterciense de la península y por ello fue un importante punto de reunión de monjes de la orden.

El pueblo empezó a formarse a partir de trabajadores del campo, carpinteros, alfareros, herrereros y otras labores al servicio de los monjes a cambio de protección. Por eso, para que estos pudieran seguir aprovechándose de esa situación, no dejaron construir grandes casas a señores con títulos nobiliarios ni blasones.

Me encantó el paseo y me dijo que otro día me llevará a la "venta del pillo."